

Elogio de Julián Gállego*

Francisco CALVO SERRALLER

Universidad Complutense de Madrid

In praise of Julian Gállego

La labor pública de Julián Gállego ha sido en nuestro país de tal calidad y magnitud que casi resulta ocioso elogiar su importancia. Catedrático emérito de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid, donde estuvo enseñando durante prácticamente los últimos veinticinco años, no sin antes haberlo hecho en la Universidad Autónoma, son incontables los estudiantes universitarios españoles que se formaron con él. Sabio y ameno orador, todavía es mucho mayor el número de quienes han asistido a las conferencias y cursos dictados por Gállego en muy diversos lugares de España y del extranjero. ¿Y qué decir sobre los lectores de un autor, que no sólo ha publicado obras científicas de capital importancia sobre historia del arte, sino que, simultáneamente, nunca dejó de ejercer el comprometido menester de la crítica de arte en revistas y diarios? Por cualquiera de estos conceptos, y no digamos mediante la suma de todos ellos, la huella de Gállego está, en efecto, muy viva entre nosotros, entendiendo además este plural con la vasta magnitud que acabamos de sugerir.

¿Cómo entonces acometer la honrosa tarea de ensalzar su atrayente personalidad y su fecunda trayectoria sin el temor de no estar a su altura y, además, teniendo enfrente el escrutinio de una masa de fervientes seguidores suyos, que le conocen muy bien? En todo caso, si me atrevo a hacerlo, no es sólo por el afecto y la admiración que le profesaba, como quien dice, de siempre, sino porque sabía de su generosidad y de su nula afectación, que entreveraba con un ingenioso sentido del humor a lo Gracián, al fin y al cabo su paisano.

Nacido en Zaragoza el año 1919, donde cursó sus estudios de bachillerato y la licenciatura en Derecho, dejando tras de sí una abrumadora estela de matrículas de honor y premios extraordinarios, Julián Gállego no tardó en sacar adelante unas brillantes oposiciones administrativas, que podrían haberlo convertido en un poder del servicio público. No obstante, y aquí empieza a despuntar la personalidad de Gállego, habiendo obtenido como primer destino una plaza en Barcelona, ciudad entonces comparativamente más culta que nunca en aquellos difíciles años de inmediata posguerra, el joven funcionario descubrió su afición por el arte y, sobre todo, se le reveló a sí mismo que una afición, para él, no cabía en el cauce del

* Este texto fue publicado en el *Homenaje a Julián Gállego* por la Fundación de Amigos del Museo del Prado, 2003.

entretenimiento, sino que se desbordaba como transformando lo que parecía un final para cualquier joven burgués aplicado, que estudia para “sentar plaza”, en el comienzo de la más insegura aventura: dedicarse al conocimiento y disfrute del arte. Más aún: por si fuera poco, decide marcharse a París, una decisión que, por aquel entonces, sólo tomaban algunos artistas, los más atrevidos o alocados, porque eran momentos igualados por la penuria material, y en los que, para un español, marcharse fuera implicaba vencer una muy real sensación de apocamiento.

Imagínense el cambio: un asentado joven funcionario español, que echa por la borda su consolidada situación y, rebasada la treintena, se convierte de nuevo en un estudiante, que ha de defenderse aprendiendo a dominar una materia distinta a la conocida, en un país extraño y en otra lengua. El empeño le retuvo en París durante tres lustros, que, no obstante, fueron de una fecundidad asombrosa. Bastaría para demostrarlo el haber logrado doctorarse en Historia del Arte en la Universidad de la Soborna, pero hubo otros logros no menos arduos y honrosos, como su trabajo, junto a su maestro, Pierre Francastel, en la prestigiosa y, desde el punto de vista intelectual, muy aristocrática *École Pratique des Hautes Études*. Por lo demás, Julián Gállego hizo compatible esta actividad con su simultánea labor docente en el Instituto de Estudios Hispánicos y, sobre todo, con la colaboración regular en la revista *Goya*, de la que fue corresponsal, proporcionando una información preciosa sobre la actualidad artística parisina, que resultó tanto más valiosa para el lector español cuanto nuestro país seguía entonces culturalmente muy aislado, y, no digamos, en lo referente al seguimiento de la vanguardia internacional.

Con lo que llevamos dicho, no hace falta ni siquiera haber vivido durante aquellos años en nuestro país, para, séase artista, crítico, historiador o simple aficionado al arte, captar la importancia de esta larga estancia de Gállego en París. Ahí está, en primer lugar, su relación con Francastel, sin duda uno de los mejores historiadores del arte europeos de la segunda mitad del siglo XX, gracias a cuya contribución se cambió el curso metodológico de la sociología del arte, muy estancada desde Luckas y Hauser. Traducida toda su obra al castellano, entre otras muchas lenguas, las publicaciones de Francastel no sólo destacaron por sus lúcidas contribuciones teóricas, en las que este gran historiador francés nos enseñó a usar las aportaciones del estructuralismo para una mejor comprensión de los cambios habidos en el arte occidental, sino también por la amplitud de los temas, épocas y figuras tratados por él. Pues bien, que este mundialmente reconocido maestro, además de dirigir su formación, depositara toda su confianza intelectual y humana en Julián Gállego – al que me consta se dirigía diciéndole con cariño: “Gállego, vous que le savez tout...” - ya es bastante elocuente de por sí, pero hay más, y ese más es lo que realizó el propio Gállego bajo su dirección. En 1968, la editorial Klincksieck, de París, publicó *Vision et symboles dans la peinture espagnole du Siècle d’Or*, un libro, que, por así decirlo, de la noche a la mañana, convirtió internacionalmente a Julián Gállego en uno de los más célebres y respetados historiadores del arte de nuestro país. Este súbito éxito no era para menos, porque se trataba de un estudio, en ese momento absolutamente innovador, sobre el periodo más famoso y mejor estudiado de todo el arte español. Aunque sea al precio de

simplificar su tesis central, la contribución esencial del libro de Gállego consistió en demostrar la alambicada urdimbre conceptual y simbólica en el que se asentaba el hasta entonces considerado “espontáneo”, “visceral”, “racial”, o como se quiera llamarlo, realismo español. Es cierto que, previamente, se habían hecho ciertas calas en esta dirección a partir del uso del método iconográfico, preconizado por la escuela de Abby Warburg, con contribuciones de historiadores del arte españoles y extranjeros, pero nadie, hasta Gállego, había llegado tan lejos y, sobre todo, nadie, lo había hecho de forma tan concienzuda, lúcida y sistemática. La razón para esta inhibición no era baladí, porque, incluso quienes llegaron a percatarse del problema, como, por ejemplo, Juan Antonio Maravall, sin duda uno de nuestros mejores historiadores de la cultura, les faltó abarcar el abrumadoramente amplio horizonte interdisciplinar, metológico y erudito que afrontó sin desmayo Julián Gállego, el cual indagó a fondo en el campo de la iconografía, de los tratados de arte, de la literatura, del pensamiento, de la historia en general, de la antropología, del derecho y, por supuesto, de la historia del arte en España del siglo XVII. Trasladen mentalmente todas estas perspectivas críticas al uso de las correspondientes muy diversas fuentes y se podrán hacer una idea de lo que tuvo que trabajar y saber Julián Gállego para llevar a cabo su formidable proyecto.

Traducida al castellano en 1972 por la editorial Aguilar con el título de *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, esta obra monumental tuvo en nuestro país un particular impacto, que no sólo dura hasta el momento presente, como así lo acreditan sus constantes reediciones, las últimas publicadas por el sello de Cátedra, sino que, por decirlo de alguna manera, creó escuela, y lo hizo de una manera que se puede afirmar, sin exageración, que casi todos los estudios renovadores que se han publicado sobre el trasfondo cultural de nuestra pintura del siglo XVII durante el último cuarto de siglo arrancan de algunas de las perspectivas abiertas por el libro de Gállego o mantienen de alguna manera una deuda con él.

En este sentido, no me resisto a aportar mi testimonio personal, que extendiendo a los que formaron parte de mi generación, la de los primeros licenciados en Historia del Arte de nuestro país quienes, concluida la carrera en el cambio de década de 1960 a 1970, nos iniciamos en la investigación y en la docencia universitarias a partir de entonces. En mi caso personal que me centré en el estudio de los tratados de pintura del siglo XVII, - el tema de mi Tesis Doctoral - el libro de Gállego fue estímulo y guía imprescindibles; pero me consta que también lo fue de otros muchos colegas que no se resignaban a ceñirse al simple acopio de documentos y datos en aras de un chato positivismo. Por otra parte, coincidió nuestro deslumbramiento por esta obra capital de Gállego con su vuelta a España y su dedicación a la docencia en la Universidad española, lo que nos permitió conocerle y tratarle personalmente, un privilegio que, además de marcarnos en nuestra incipiente formación, nos dejó una profunda huella moral.

En torno a esto último, me parece oportuno hacer inciso, antes de continuar glosando las muchas nuevas aportaciones historiográficas de Gállego en los sucesivos posteriores años ya como docente universitario español. Por aquel entonces, me situó a comienzos de la década de los 70, Gállego, que a la sazón

contaba con más de 50 años, y que, además de ser un flamante Doctor por la Sorbona, había publicado un libro de impacto internacional, y era ya tenido como uno de los más reputados críticos de arte españoles, tuvo que iniciar su nueva carrera universitaria desde cero. Por las circunstancias entonces todavía vigentes en nuestro país, ninguno de estos esfuerzos y méritos previos de Gállego tuvieron convalidación, lo que le obligó, en primer lugar, a doctorarse de nuevo por la universidad española y, a continuación, a ir superando, oposición tras oposición, adjunto, agregado, catedrático – en el cruel y disparatado sistema que imperaba entonces, en el que, cada vez, por describirlo de una manera gráfica, te examinabas de la “historia del mundo”, estando siempre a merced de un tribunal de inapelable soberanía absoluta –, todos los escalones de ese interminable, nunca mejor dicho, escalafón, cuya fastidiosa ascensión resultaba tanto más insoportable cuanto el esfuerzo empeñado era la mayor parte de las veces intelectualmente inútil. Pues bien, ¡cómo no iba a impresionarnos a nosotros, entonces jóvenes profesores, como quien dice, “veinteañeros”, tener, desde un punto de vista jerárquico, a nuestro nivel – y compartir con él simultáneamente nuestras mezquinas fatigas opositoras – al que considerábamos y era ya indiscutiblemente uno de los mejores historiadores del arte de nuestro país! He de recordar al respecto que, por no resignarse a pasar por ese odioso y humillante ojo de aguja, la universidad española se privó de contar con insignes historiadores de la categoría de Enrique Lafuente Ferrari, Juan Antonio Gaya Nuño o Julio Caro Baroja. Pero sí tengo muy viva la memoria de cómo me producía vergüenza ajena examinar de adjuntías a Julián Gállego, aún fue mayor la admiración que me produjo su formidable humilde grandeza, la de sufrir dicho trance con esa natural elegancia, que atribuyó Kipling, a los que saben caminar con “su paso y su luz”, tratando por igual, al triunfo y a la derrota, como a dos “impostores”. ¡Qué histórica lección de dignidad, queridos amigos, recibimos entonces de Julián Gállego! ¡Cómo nos ha servido para inspirarnos en nuestras propias cuitas! ¡Acaso no fue ésa la mejor enseñanza que nos proporcionó, al demostrarnos, con discreción, la diferencia esencial entre conocimiento y sabiduría! Creo, en fin, que, para mí, esta lección soberana, dictada sin afectación alguna por su parte, me hizo desear merecer la amistad de ese admirable sabio.

En 1974, la Universidad Hispalense publica *Velázquez en Sevilla*, otra crucial y sugestiva monografía de Gállego, preludio de posteriores estudios, como el general que dedicó, en 1983, a *Diego Velázquez*, y, sobre todo, su maravillosa contribución al catálogo de la exposición sobre el genial pintor que tuvo lugar, durante 1990, en el Museo Metropolitano de Nueva Cork y en el Museo del Prado. En 1976, esta vez la Universidad de Granada, dio a la luz *El pintor de artesano a artista*, un ensayo histórico de Gállego, que no sólo fue un excelente compendio, donde efectivamente se explicaba el cambio del papel social del artista moderno, sino donde, sin alharacas, se hacía también una perfecta síntesis doctrinal de todo lo que se escribió al respecto en los tratados de arte españoles y un muy autorizado resumen de los pleitos de alcabala que atosigaron a los maestros españoles de antaño. Ya insinué antes, que Gállego había demostrado un conocimiento profundo

de los tratados artísticos españoles en su. “Visión y símbolos”, pero me faltó añadir que, en 1950, hizo la edición de los *Discursos practicables del nobilísimo arte de la Pintura*, del aragonés Jusepe Martínez, un ejemplo más de su continuada dedicación a ese tema fundamental y, sin embargo, poco continuada dedicación a ese tema fundamental, y sin embargo, poco apreciado.

Siguiendo la estela de su maestro Francastel, Gállego publicó, en 1978, uno de sus más originales y brillantes ensayos, el dedicado al tema de *El cuadro dentro del cuadro*, donde, una vez más, puso en evidencia su vastísima erudición, su agudeza visual y sobresaliente sentido crítico. Pero la importancia de esta contribución no se aprecia en todo su merecimiento si se obvia la escasez, todavía entonces, de trabajos de ese tipo en la timorata historiografía artística española, por lo que hay que otorgar a esta publicación, además del elogio que merece objetivamente en sí, también un ejemplar sentido alentador de nuevas perspectivas críticas en el estudio histórico del arte.

Por lo demás, aún nos quedan por reseñar otros dos campos de atención monográficos en los que se ha empeñado Gállego de manera recurrente: los muchos y variados dedicados a estudiar la figura descomunal de su paisano Francisco de Goya, y los dedicados en general al siglo XIX, una materia que le ocupó durante muchos años su labor docente y de la que acabó publicando un tomo fundamental dentro de la histórica serie *Summa Artis*.

Llegados a este punto, y tras repasar de manera muy selectiva la biografía de Julián Gállego, comprenderán que todavía nos queda en este campo, como se suele decir, “mucho tela que cortar”, pero no creo que su conversión en una prolija relación de retales modifique lo esencial del valor de lo publicado por este maestro, al margen de un asunto nada despreciable: su espléndidamente bien cortada pluma. Julián Gállego ha escrito mucho y siempre muy bien, dominando además géneros muy diversos, pero, junto con su prosa como científico, como ensayista y como crítico, quizá se conoce menos su escritura creativa, como su drama *Fedra*, que, en 1952, obtuvo el premio Amparo Balaguer, o la reflejada en obras de corte memorialista, como la muy temprana *Mi portera, París y el arte*, que mereció ser publicada, en 1957, en la mítica colección “Biblioteca Breve” de Seix Barral, o sus recuerdos autobiográficos, que, en fechas recientes, fue dando a conocer periódicamente en el diario *ABC* y luego reunió en forma de libro.

Por último, aunque se ha aludido varias veces a ello, cómo no hacer una mención especial de sus constantes colaboraciones en revistas y diarios ejerciendo, de forma magistral, la labor de crítico de arte. Aunque su firma fue requerida por los mejores diarios nacionales de nuestro país, durante los últimos años fue crítico de arte principal en el diario *ABC*, convirtiéndose sus artículos en una lectura de referencia obligada para todo buen aficionado al arte, no sólo por su sabiduría y su siempre ponderado juicio, sino por el placer de su calidad literaria y su ironía, a veces mezclada con una soberbia chispa de humor. Su escritura en estos medios de difusión masiva poseía en el fondo esa encomiable virtud de transmitir el gracejo y la frescura de lo dicho de manera coloquial; ha sido, pues, como una “escritura

hablada”, la misma que encandilaba a los muchos devotos de sus conferencias, donde los conocimientos nunca tomaban un cariz pesado, sino que llegaban al auditorio como mensajes optimistas, rientes, dichos sin arrogancia, pero un poco como “au-desus-de la mêlée”, como se hallaba él mismo.

A todo lo que hasta aquí se ha apuntado, hay que añadir todavía la labor de Julián Gállego como comisario de exposiciones, como miembro de consejos científicos y como patrono de museos, como congresista y, en fin, como académico, siéndolo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y en calidad de correspondiente de otras muchas, nacionales y extranjeras. Es de justicia, por consiguiente, que recibiera los premios y condecoraciones más apreciados de nuestro país y del extranjero, como así ha sido, sin que necesitemos ahora hacer su recuento, porque, aún de no haberlos recibido, su excelencia personal y la de su trabajo serían las mismas, las propias de lo que perdura por sí solo. En todo caso, no me resigno a terminar sin añadir algo sobre su actitud y espíritu, marcados por una incansable curiosidad, un afán de conocimiento que jamás se colmaba y una envidiable fortaleza que le permitió afrontar sin pereza, sin desmayo. Todavía recuerdo la semana que pasé junto a él, allá hacia comienzos de 1980, reconociendo a pie, de arriba abajo, todo New York, donde recalamos tras participar en un congreso en la cercana Universidad de Princeton a la que habíamos sido invitados. A pesar de sacarme 30 años y de ser yo un acreditado andarín de paso rápido, no recuerdo no sólo haberle dejado atrás una vez, sino que declinase acometer cualquier plan. Tampoco me extrañó demasiado, porque, habiendo coincidido con él en parecidas circunstancias como peregrinos del arte, jamás le vi vacilar, ni cansarse.

Ha sido y fue demasiada su pasión, demasiada su calidad humana, demasiada generosidad, demasiada humanidad. ¡Gracias Julián Gállego, admirado maestro, entrañable amigo, excelente persona, te hiciste un lugar en nuestra cabeza y nuestro corazón, y, salvando tu modestia, nos gusta publicarlo!